

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.

Teléfono 514.

Madrid, 26 de Junio de 1892

ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.

Apartado 146.

Núm. 26

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.

MUSEO DE ARTES



Mariano Benlliure sculp.

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.*

¡AL AGUA!
(Grupo en mármol.)

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por A. Sánchez Pérez.—*La fiesta de la Virgen*, por S. Miguel Barrios.—*Proyecto de frontón para el nuevo edificio de Biblioteca y Museos nacionales*, por Antonio Cánovas Vallejo.—*El retrato*, por J. C. Zenea.—*Historia de mi vecino*, por Gaspar Núñez de Arce.—*Contradiciones*, por Antonio Ros de Olano.—*Centenario de Colón*, por Malatesta.—*Rimas*, por Manuel Acuña.—*Vieques, ces Filipinas?*, por Luis Bonafoux.—*Nuestras ilustraciones*.—*Impresos recibidos en esta Redacción*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

FOTOTIPIAS: ¡Al igual!—Proyecto de frontón para la Biblioteca Nacional de Madrid.—La fuente de la Cibeles, á la entrada del paseo de Recoletos (Madrid).—El estío.

GRABADO: Colocación de la primera piedra de la ciudad de La Plata.

FOTOGRAFADOS: Nuestra Señora del Castillo.—Vista de una parte de la ciudad de La Plata diez y seis meses después de colocada la primera piedra.

CRÓNICA

BUEN principio de semana... y ahorcan en lunes», decían nuestros padres, cuando todavía se estilaba ahorcar; un entretenimiento honesto que, por fortuna, ha caído en desuso. La Academia Española no ha querido, y en esto acaso haya hecho bien, dar carta de naturaleza al proverbio; y aun establece, y en eso tal vez haga mal, que el lunes no es principio de semana, sino segundo día de la misma; de la semana quiero decir, que no gusto de ambigüedades, y algún malicioso podría sospechar que el lunes era segundo día de la Academia. De todos modos, ahora que felizmente no hay horcas, pero que por desdicha hay huelgas, me atrevo á proponer que ese decir del vulgo sea sustituido con este otro: «Buen principio de semana, y hay huelga en lunes.»

Lunes era, efectivamente, día 20 de Junio por más señas, cuando todos los telegrafistas de España se declararon en huelga, porque.... porque sí; porque les pareció conveniente hacerlo, y al hacerlo producir verdadero conflicto al Gobierno y causar al público daños y perjuicios de muy difícil remedio; la huelga, eso sí, resulta de lo más nuevo y de lo más extraordinario que se ha visto desde que hay huelgas en el mundo.

Por supuesto que cuanto puede hablarse y decirse de ese peregrino acontecimiento está hablado y dicho; como que desde el lunes no hablan los periódicos de otra cosa, y sobre ello han dicho cuanto había que decir: en el Congreso y hasta en Consejo de Ministros, y, por de de contado en el Palacio de los monarcas (*re-gumque turres*, que decía el otro).

A los cronistas á plazo fijo, que casi siempre resulta largo plazo, como si dijésemos á muchos días fecha, nos ocurre á menudo lo que sucedía á los guardias valonas, de los cuales se dice en una zarzuela muy conocida aquello de:

«Los guardias valonas
según la canción,
siempre llegan tarde
á la procesión»,

los cronistas (*croniqueros* sería tal vez más adecuado, aunque á muchos les parezca afrancesada la dicción), los cronistas, digo, ya que así lo dispone quien puede y quiere disponerlo, llegamos casi siempre tarde á todo, y hemos de exponer temas que están completamente agotados cuando son de interés, ó asuntos de los cuales nadie se acuerda si no son interesantes.

Esto de los telegrafistas sí lo es, y mucho.... y demasiado; por eso ha dado tanto qué decir y está dando tanto que hacer. Desde luego lo que á primera vista ha ocurrido á todos, es que los señores de telegrafistas, muy señores míos, han apuntado al Gobierno y han dado al público; se dirigen contra un Ministro y han ido contra todo el país, que seguramente no tiene la culpa de los desplantes del Ministro de la Gobernación, ni de las injusticias del Director de Comunicaciones; si hubo injusticias y si hubo desplantes, que no sé si los hubo, aunque me parece probable que sí los hubiera. Así y todo, la venganza de esos estimables funcionarios públicos (de los cuales no sé si á estas horas no son ya funcionarios), me hace recordar aquellos azotes que el Profesor de cierto monarca daba al hijo de un pobre plebeyo cada vez que el real discípulo se hacía merecedor de ser azotado; el comercio, la banca, la industria, los particulares,

hemos recibido, por delegación, los azotes que los telegrafistas querían dar á sus jefes.

Estos se han despachado á su gusto, en lo que se refiere á decir pestes de los huelguistas; pero no han dado gran cosa de sí para poner acabamiento á la huelga, y así estamos in-comunicados entre nosotros mismos, y además in-comunicados con el resto del mundo, como podíamos estarlo en los primeros años del segundo tercio de este siglo, cuando no se conocían, ó por lo menos, cuando no utilizábamos nosotros el telégrafo eléctrico; y aun más hoy, porque entonces teníamos telégrafos ópticos, de los cuales ahora no disponemos. Por lo que no paso es por que se nos venga ahora el Sr. Ministro diciendo que la huelga de los telegrafistas le ha sorprendido como sorprende á una empresa bancaria la fuga de su cajero llevándose los fondos. No, señor; no hay paridad de casos, ni semejanza, ni siquiera remota analogía. Si el señor Elduayen apeló á ese símil para mortificar á los huelguistas, allá él; pero si lo hizo para defenderse, conste que no vale gran cosa la defensa. No se trata aquí de un solo individuo, sino de algunos miles de individuos; y tampoco se trata de un hombre ofuscado por la posibilidad de huir en compañía de algunos millones de francos, sino de muchos padres de familia que arriesgan, al adoptar esa actitud, el mezquino sueldo con que atienden á sus obligaciones y dan sustento á sus hijos.

Algo hay, por consiguiente, algo muy grave, algo muy fuerte, en las profundidades de este suceso cuando ha podido determinar un hecho deplorable, deplorabilísimo evidentemente, pero cuyas causas y cuyas responsabilidades no están depuradas todavía; y conste que no justifico, ni hallo razonable el procedimiento empleado por los huelguistas.

Y hablando de huelguistas, ¿cómo poner en injustísimo olvido á los Diputados de la mayoría conservadora que dejaron abandonado al Gobierno para que sufriera, como en efecto sufrió, una derrota? Derrota que no remediaron las adhesiones espontáneas del día siguiente.

Pero, no crean Uds., más aún que la huelga transcendental de los telegrafistas; más que la derrota del Sr. Ministro de Hacienda en el Congreso, llama la atención de los curiosos y de los estadistas el impetuoso arranque del Sr. Bosch y Fustegueras, Alcalde de Madrid, por la gracia de Dios...., es decir, por la gracia del Sr. Romero y Robledo y del Sr. Cánovas, que han obsequiado á los vecinos de Madrid con un Presidente de cabildo, que nosotros no nos merecemos.

Allá, en los tiempos janatematizados tantas veces! de los Monarcas absolutos, nombraba el Rey: Alcaldes y Regidores y Corregidores, vaya si los nombraba; pero por regla general, y salvo muy contadas excepciones, esos nombramientos recaían en ilustres hijos de la población, conocedores de las necesidades y de las costumbres de la misma, empapados en sus usos y en sus aspiraciones, y cuyos intereses y cuyos deseos eran casi siempre los intereses y los deseos de sus convecinos.

Ahora hemos variado en esto; el Alcalde es nombrado por un Ministro responsable (que no responde de nada, por supuesto), el cual Ministro nombra á un su amigo; aunque el agraciado no sepa de la población una palabra, ni sea conocido por sus habitantes, ni tenga entre ellos simpatías.... ni nada, y se dé el caso.... vamos, se dé el caso de qué para aprobar unos presupuestos municipales tenga que penetrar la fuerza armada en el salón de sesiones del Concejo.

Hubo en Francia un Rey, un gran Rey según sus cortesanos, que se comparaba modestamente con el sol; ese Monarca dijo en ocasión célebre aquella frase: *L'Etat c'est moi*. La frase bajó desde el trono de aquel Monarca, y revoloteando, revoloteando, ha llegado hasta el suelo, de donde la ha recogido nuestro Alcalde para aliñarla, adobarla, arreglarla á su manera, presentándola á sus administrados en esta forma:

«De cuanto aquí se hace yo asumo la responsabilidad, y, por lo tanto, míos son los derechos.»

Es decir: «el Municipio soy yo».

Es la misma frase del Rey, algo.... disimulada.

Digan Uds. ahora que no hay Alcaldes *fin de siècle*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

LA FIESTA DE LA VIRGEN

HAY en un pueblo de Castilla, no lejos de Segovia, una imagen, cuyo hallazgo, ocurrido á comienzos del pasado siglo, fué milagroso según afirma una tan piadosa cuanto peregrina historia que los habitantes guardan en el archivo de su creencia.

Aunque el tiempo transcurrido no es en verdad tan largo que no pudiéramos hallar fácilmente la natural y verdadera explicación del milagro, dejaremos con gusto semejante trabajo. Nuestro propósito no es constituirnos en fiscal de las tradiciones, sino tratar de describir la alegre y bulliciosa fiesta que en honor de su patrona celebran anualmente los sencillos y entusiastas castellanos.

Titúlase esta imagen la Virgen del Castillo, nombre que sin duda ha tomado de la antigua fortaleza que debió existir en el sitio de la aparición, según lo demuestran los restos de anchas murallas y gruesos torreones que rodean el Santuario, construido en uno de los cerros más altos y aislados de la provincia.

Merced á esta circunstancia, el golpe de vista que presenta el campo en aquel sitio es magnífico y vastísimo. Más de veinte pueblos y aldeas, esparcidos por la comarca, se divisan desde las ruinas del viejo castillo; por todas partes se ven terrenos bien cultivados, deliciosos valles, hermosos viñedos que alegran y enriquecen con sus frutos la pródiga campiña; espesos montes y vastos pinares que aumentan la belleza y majestad del paisaje; lindas huertas regadas por el Eresma, cuyas aguas atraviesan la vega como una interminable y blanquecina culebra, dando en su curso vida y movimiento á innumerables artefactos que, cual abejas de la industria, se extienden á lo largo del río completando tan pintoresco y animado panorama.

Celébrase la fiesta en el cerro de la ermita, distante una media legua de la villa, en esa época del año en que la naturaleza muestra con más esplendor sus ricas galas: en la hermosa primavera, cuando los labradores han terminado sus faenas y sólo resta limpiar silos y graneros para encerrar la suspirada cosecha. Satisfechos los campesinos con la esperanza de recibir pronto y con creces el premio de sus afanes, inventan juegos y danzas para amenizar la fiesta, que ya se anuncia la víspera con un desacostumbrado y estrepitoso repique de campanas.

No es posible pintar el regocijo y la animación que desde este instante reinan en el pueblo. Todas las penas se ahuyentan al chispazo de los primeros cohetes que el rumboso Municipio tiene preparados al efecto, y hasta las contribuciones, rentas, alcabalas y demás cargas generales y concejiles, que son la eterna pesadilla y desazón de los lugareños, se olvidan á fin de solemnizar con más devoción y gusto el día de la Santa patrona.

Apenas amanece, óyese por las calles una música tamborilera que dos filarmónicos de calzón corto y medias azules entonan con mucha gravedad y prosopopeya. Esta *tormenta wagneriana*, capaz de desbaratar el oído mejor templado, es el pregón oficial, la bocina apocalíptica que anuncia á los pacíficos habitantes la llegada del venturoso día. Los romeros saltan de gozo á semejante aviso; todos se disponen á emprender la caminata con igual entusiasmo, ya sea á pie bailando delante de la procesión, ya en cómoda cabalgadura, conforme á su devoción y conveniencia.

Cada casa se convierte en una nueva Babel. El padre, que, por su carácter de hermano de la cofradía de la Virgen, tiene que acompañar á ésta á la ermita, pide á toda prisa el traje de los días festivos y la camisa planchada (lujo que no se permite todos los domingos); los pequeños, á quienes también espera el domine á la puerta de la escuela para asistir á la procesión, chillan y vociferan como energúmenos exigiendo se les despache pronto; los mozos revuelven la casa haciendo los preparativos de viaje, cual si hubieran de ir en peregrinación á la Meca; las muchachas cantan que se las pelan sacando del fondo del arca los pintados vestidos que han de lucir por la tarde en el cerro de la ermita; las madres.... ¡ah! las madres en todas partes son lo mismo; corriendo de aquí para allá, ayudando á unos, arreglando á otros, cuidando de todos sin tregua ni descanso para que nada falte ni nadie se incomode.

En estas maniobras domésticas llegan las ocho de la mañana, hora señalada para la procesión. Los respetables individuos del Ayuntamiento, acompañados del cura y precedidos de la música y danza, encaminanse á la iglesia con objeto de presidir la fiesta. Echanse á vuelo las campanas, y los cohetes vuelven de nuevo á hendir el aire en graciosas ondulaciones.

De pronto, los trabucos y escopetas vomitan tremendos fregonazos; pero no hay que asustarse; son los majos del lugar que, apostados en el atrio de la iglesia, saludan con salvas á su patrona que ha traspasado los umbrales del sagrado recinto.

El efecto que en los fieles produce la vista de

la efigie veneranda es indescriptible. Los vítores y aclamaciones ahogan el canto religioso, y el deseo de llevar la preciosa carga impide por un momento que la procesión continúe su marcha.

Por fin se restablece la calma; el tamboril y la dulzaina, ejerciendo su cometido, hacen callar las armas y mover los pies de los *guerreros* que bailan como descosidos delante de la Virgen.

De vez en cuando el payaso ó *zorra* interrumpe tan sabrosa tarea repartiendo sendos pelotazos á diestra y siniestra con una hinchada vejiga de vaca, para que los danzantes exhiban su habilidad en los juegos llamados del *cordón* y el *palo-teo*. Consiste el primero en tejer alrededor de un palo ocho cintas de colores llevadas por otros fantos mocetones vestidos de blanco, los cuales, bailando al son de la prosaica chirimía, van formando el propuesto enlace. En el segundo cada danzante está provisto de dos palos de una media vara de largos que maneja y hace chocar con los de los compañeros guardando al propio tiempo el compás del tamboril. Esta especie de simulacro guerrero exige mucha destreza y agilidad en los protagonistas, pues el menor descuido descompone el cuadro, y entonces los palos, en lugar de encontrarse unos con otros, se encuentran con las manos ó la cabeza recibiendo lo que no quisieran.

Al concluir cada uno de estos juegos, un apasionado «viva la Virgen del Castillo» repetido por la muchedumbre hace seguir la procesión hasta llegar á la ermita. Como ésta es pequeña y todos quieren entrar, promuévese el consiguiente alboroto: unos empujan, otros chillan, los más hablan, llaman al orden y aumentan la confusión; aquella masa de devotos se estruja, se sofoca, se asfixia. Mas empieza la misa, y todos se arrodillan con respetuoso silencio; la Santa ceremonia es escuchada con el fervor y recogimiento de los verdaderos creyentes. Y allí no hay uno que sienta en su alma el desaliento de la duda: es más, si fuera posible en el mundo la existencia de un ateo, dejaría de serlo en este instante en el modesto santuario. La voz del sacerdote, reposada y solemne; los rezos de los fieles, cuyas miradas fijan en la imagen acusan la profunda adoración que sienten sus corazones; el eco del Eresma que se despeña en lo hondo del valle con sordo y temeroso ruido; el gorjeo de mil inquietos pajarillos que cantan sus amores en las zarzas vecinas; la ruda melodía que entona el pastor en la falda de la colina; el metálico sonido del esquilón que aturde con su vertiginoso voltear parecido á la vez á un ruego y una amenaza; el silbido del viento en la veleta del santuario, el zumbido del insecto, todo se mezcla y confunde formando una especie de plegaria tan edificante y sublime, que un deseo irresistible de meditación y rezo se apodera del alma menos ferviente y apasionada.

Y es que el hombre necesita expresar su admiración á Dios, y nada mejor para sentir esta necesidad que allí donde la voz de la naturaleza parece asociarse á la voz humana. Despiértase con más vigor la idea religiosa en la solitaria ermita, con el perfume de los campos por incienso y la fe como único aliciente, que en las soberbias catedrales con sus ricos y mundanales adornos.

Mas volvamos á nuestro tema, como diría un orador extraviado. Apenas acabada la misa, procurase con la merienda atender á las necesidades del estómago, debilitado ya por el ejercicio harto pesado del camino. La célebre olla podrida, condimentada previamente en improvisadas cocinas y acompañada de bien hinchados zaques, aparece en medio de los grupos desafiando á cuantos gastrónomos se presenten.

Estos rústicos festines, en los cuales la abundancia sustituye á la variedad y la salsa del buen humor á la delicadeza de los manjares, serían interminables si el tamboril no convocara al elemento joven, y aun al viejo alegre, al gran concierto bailable que se verifica en la plazuela que forma el cerro alrededor de la ermita. Es de ver entonces á las graves y circunspectas castellanitas con sus refajos multicolores llenos de franjas y caireles bailar como perinolas al son del tamboril, llevando el compás con una seriedad y una precisión que causan risa. No menos formales van los fachendones mancebos; más que diversión es para ellos aquel baile una especie de torneo en que se disputan la gracia de ejecutar con más habilidad una misma pirueta. Sacrifican la expansión y bullicio propios de los bailes al aire libre á la igualdad y perfección en los movimientos, convirtiéndose de este modo en figuras automáticas que se mueven á voluntad del flautista.

No es este el único atractivo que ofrece la famosa romería: la partida de pelota y la calva, la barra, el salto y la carrera forman parte del programa y dan lugar á mil graciosos incidentes, cuya conclusión, sin embargo, no siempre tiene gracia. A veces la frase más inocente es mal interpretada y ocasiona una disputa que resuelve el palo; mas debemos añadir que tan ingrata solución es por fortuna poco usada. Lo general es dirimir la contienda con un traguito más de limonada que anima y da nuevos bríos para seguir la broma.

Así pasan la tarde felices y contentos, hasta que el esquilón de la ermita advierte que es hora de regresar al pueblo. Cesan los juegos y el baile, se apuran las meriendas, y después de cantar

aquellas saetas á la Virgen, tan sentidas y tan llenas de tierna poesía que jamás se escuchan sin llanto en los ojos y consuelo en el alma, torna la procesión con el mismo orden que por la mañana, si bien menos concurrida, porque hay romeros que encuentran más cómodo para su cansancio regresar en carro que caminar á pie cantando la letanía.

A la puerta de la iglesia ocurre una escena que demuestra el inmenso cariño que aquellas gentes profesan á su excelsa patrona. Todos pretenden la honra de entrar asidos á las andas de la Virgen, y como esto es imposible, entáblase una á manera de subasta cuyas proposiciones rechaza la multitud con un expresivo y frenético «más vale» que hace detener la procesión y esperar nuevas y mayores ofertas. Por fin, después de disputarse los puestos con tenaz empeño, los mejores postores llevan al altar la venerada imagen en medio de repetidos y atronadores aplausos y vivas que resuenan en las bóvedas del templo como protesta de su fe y despedida de la celebrada fiesta.

S. MIGUEL BARRIOS.



NUESTRA SEÑORA DEL CASTILLO

Aparecida milagrosamente en Bernardos, provincia de Segovia.

PROYECTO DE FRONTÓN

PARA EL

NUEVO EDIFICIO DE BIBLIOTECA Y MUSEOS NACIONALES

POR DON AGUSTÍN QUEROL

«Alabastros con cien astros adornan la florida estancia.»
(D. P. MADRAZO.)

En el número de esta REVISTA correspondiente al día 29 de Mayo último, y como explicación del grabado en que se reproducía el proyecto de frontón para la nueva Biblioteca, ejecutado por el joven y aventajado escultor Don M. A. Trilles, se insertó un artículo galanamente escrito por el Sr. D. Pedro de Madrazo, en el cual, no contento el ilustrado académico con hacer la más exagerada apología del Sr. Trilles y su obra, censuraba con la más negra saña el trabajo de D. Agustín Querol, que, como muestra de imparcialidad y de noble independencia, publica hoy ESPAÑA Y AMÉRICA.

Es el Sr. D. Pedro de Madrazo un hombre eruditísimo en materia de arte, que maneja la pluma con gallardía; pero, hombre al fin, y como tal, materia dispuesta para dejarse llevar de las más insanas pasiones y olvidar todo criterio artístico ante una manía de escuela, y más que de escuela de antipatía personal, como la que desde un principio le ha inspirado el eminente escultor Sr. Querol. La persecución de que éste ha sido objeto por parte del Sr. Madrazo, es una persecución sin precedentes; ya de antiguo le fué negada la entrada en la Academia de San Fernando merced á los manejos del Sr. Madrazo, que á latigazos hizo preferir á la trailla de inmortales que capitanea, la tercera medalla del Sr. Molinei, á las cuatro de oro que ostenta el Sr. Querol;

verdad es que semejante enormidad se repite con dolorosa frecuencia en la Academia, donde nunca tuvieron buena acogida las personalidades que pueden *hacer sombra*. Después, es historia olvidada de puro sabida, la acontecida con motivo del grupo *Sagunto*, uno de los mejores del Sr. Querol. Pero en donde la inquina no tiene ejemplo y el encono ha llegado hasta el delirio, ha sido en el concurso para el frontón de la nueva Biblioteca.

Presentáronse á él tres escultores: el Sr. Querol, conocido en todo el mundo, cargado de medallas y distinciones, popular en Alemania é Italia, laureado en cuantas Exposiciones ha concurrido, autor de monumentos públicos y de estatuas que jamás serán capaces de hacer ninguno de los escultores académicos, creador de trabajos que las ilustraciones de Europa y América reproducen en grabados y fotografías, pensionado de mérito en la Academia de Roma, siempre agobiado de encargos particulares que le pagan á buen precio, una realidad, en suma, del Arte; el Sr. Trilles, que no ha obtenido más que una tercera medalla (que yo sepa al menos, y si tuviera más rectificaría con sumo gusto), discípulo aventajado de la Escuela especial de Madrid, joven de innegable talento y de esperanzas para el porvenir, sobre todo contando, como parece cuenta, con la decidida protección de una dinastía omnipotente; y el Sr. Marín Magallón, de quien yo oía hablar por primera vez.

Y aquí dió comienzo la odisea. Expusieron los tres modelos en la Academia de San Fernando, no anunciándose al público, según es costumbre, en lo cual muchos vieron ya el chanchullo que se trataba de preparar. Pero el mismo empeño que había en la casa por que el enjuague se realizase á cencerros tapados, como vulgarmente se dice, espoleó la curiosidad de críticos y aficionados, y á despecho y pesar de celadores y porteros, que llegaron á dificultar la entrada al Sr. Ministro de Fomento, fueron muchos los que vieron juntos los tres modelos, pronunciándose la opinión pública por unanimidad y la prensa de Madrid, sin más excepción que la del *Heraldo*, en cuya redacción tenía el Sr. Trilles un amigo, á favor de la obra del Sr. Querol. Además, la Comisión nombrada por la Academia para examinar los bocetos, decidió por mayoría premiar el del Sr. Querol. Este, por consiguiente, seguro de su legítimo é indudable triunfo, no acudió á buscar ni una sola recomendación que pudiera empañar después el brillo del inminente éxito con la sospecha de que fuese hijo del favoritismo.

Pero el providencial encuentro con un ilustre académico y pintor que hace años no pone sus pies en la Academia, desengañado de lo que allí se realiza á diario, abrió los ojos al incauto autor de *La Tradición*. Preguntóle el aludido maestro:

—¿Tiene Ud. de su parte á Madrazo?...

Y al responderle el Sr. Querol negativamente, se echó á reír el Sr. X. y dijo:

—Pues no hace Ud. el frontón.

Esta frase fué una revelación materialmente profética. En la sesión celebrada por la Academia la noche del 8 de Febrero último, después de breve discusión y de leerse los dictámenes correspondientes, se puso á votación uno de ellos, resultando con 11 votos el Sr. Querol y 10 el señor Trilles. Faltaba por votar el Presidente, que *accidental y casual y providencialmente* lo era D. Pedro de Madrazo. Desde el Congreso y Senado hasta la última asamblea de cofradía de pueblo, es costumbre universal que el Presidente vote con la mayoría. Pues bien; el Sr. Madrazo, que *debía* haber votado con la mayoría, votó al Sr. Trilles, resultando 11 votos contra 11.

—¡Empatel!.. dijo alguien; pero el Sr. Madrazo declaró enseguida que no había tal, pues su voto valía por dos, y por tanto que el frontón se adjudicaba *por mayoría* al Sr. Trilles.

Aun hubo más. Un académico ilustre, hoy muerto por desgracia, que había ido á la Academia *exclusivamente* á votar al Sr. Querol, vió sorprendida su buena fe, leyendo en el acta que había emitido su voto á favor del Sr. Trilles, cuando su propósito era todo lo contrario, y justamente indignado contra la superchería, protestó de oficio. Y así, hecho un lío el expediente, gracias á los embrollos familiares á los amos del cotarro de la calle de Alcalá, fué remitido al Ministerio, no para que el Ministro resolviera como ha resuelto siempre, por no ser la Academia más que un simple cuerpo consultivo, jamás ejecutivo, sino para que el Ministro sancionara lo hecho por la Academia. Pero, por fortuna, hallábase en el Ministerio un hombre independiente y dignísimo, que no quiso pasar por la humillante abdicación de facultades que se le quería imponer, y teniendo en cuenta la accidentada historia que he referido, muy al tanto de los manejos académicos, ateniéndose á que el que resultaba con *mayoría efectiva* era el Sr. Querol, de cuya obra dice el dictamen del Sr. Madrazo «*tener rasgos de verdadero genio y bellezas de primer orden, mientras que la del Sr. Trilles denota al artista estimable, estudioso y más propenso á la imitación que á crear é inventar nada nuevo*», publicó una Real orden maravillosamente redactada, y dió el frontón al Sr. Querol.

Muchos aplausos escuchó el Sr. Linares Ri-

MUSEO DE ARTES



21. Querol sculp.

PROYECTO DE FRONTÓN PARA LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.

vas, pero no fueron tantos como las lamentaciones á que se entregó el Sr. Madrazo, el cual por la primera vez en su vida vió negada su infalibilidad y su omnipotencia. Acordóse bien pronto, sin embargo, de que cabía apelación á la sentencia, y siendo, como es, Consejero de Estado en la Sección de lo Contencioso, aconsejó al Sr. Trilles que entablara la correspondiente demanda, prometiéndole el triunfo definitivo en el Consejo.

No contento con esto, dedicóse á hacer atmósfera hasta entre los porteros y escribientes del alto Cuerpo, á escribir artículos como el que apareció en ESPAÑA Y AMÉRICA, y á tratar de convertir el antiguo Consejo Real en nueva Academia de San Fernando, olvidándose de lo principal, y es que, si por propio decoro, tanto él como el Sr. Riaño, que también tomó parte en la votación de la Academia á favor del Sr. Trilles, no se inhibieran del asunto, no faltaría quien les recusase para impedir la enormidad de que los que en esta cuestión son casi partes, fuesen jueces al mismo tiempo.

No piense, pues, vestir la toga el día de la vista el Sr. Madrazo, continuando la serie de desaires, tropiezos, obstáculos y dificultades que ha opuesto al Sr. Querol... Al alto Tribunal no pueden llegar sus artimañas de hombre ducho en concursos y oposiciones de pega; sus cábalas y combinaciones para hacer académicos de amigos sin otro mérito que haberle aplaudido su poesía *Canto de amor* que con tanta solemnidad recita; el ofrecer al Sr. Querol un premio por el bajo relieve *San Francisco curando á los leprosos*, á cambio de que cesase en el empeño de hacer el frontón, sin perjuicio de luego calificar de obra rematadamente mala la misma que iba á premiar, en venganza de la noble firmeza del autor de *La Tradición* no queriendo someterse al arbitraje del hijo del autor de la *Muerte de Viriato*.

En el Consejo de Estado no se admira el frontón del Congreso, ni se estima más que como merecen las estatuas de Daoíz y Velarde, Murillo, Cervantes, Bravo Murillo, Marqués del Duero y Pontejos, tan del agrado del Sr. Madrazo y de la Academia; y por consiguiente, se ve con entusiasmo el renacimiento de la escultura española que personifican Querol, Benlliure y Susillo. Y en el Consejo de Estado, por último, se hará lo que desde luego pueden y deben hacer todos los lectores de ESPAÑA Y AMÉRICA, que es poner juntos los bocetos fotográficos de los señores Querol y Trilles, mirarlos atentamente, ver de parte de quién está la razón, y cuál de los dos artistas ha llegado más allá en la tarea de interpretar un tema tan complejo como el de *La Paz presidiendo el florecimiento de las Ciencias y las Artes*.

ANTONIO CÁNOVAS VALLEJO.

EL RETRATO

¡Pobre mujer!... Sobre esa blanca frente grabó el pesar imperceptible huella; mas fué el pesar de una pasión ardiente, y la dejó más bella!

¡Su imagen es! ¡Su boca me convida á recordar sus besos perfumados; mas me dejan el alma entristecida esos ojos tan negros y rasgados de lágrimas hinchados,

que no me ofrecen esplendor ni vida!

¡Cuántas veces sonrióme la fortuna cuando mi frente recosté en su seno, mientras brillaba la naciente luna sobre ese rostro lánguido y sereno!

¡Y cuántas, ay, en fiebre delirante, ella me vió á sus pies de amor beodo, y me juró sacrificar constante placer, familia, juventud y todo!

¡Aun por las noches, á mis solas, creo que oigo su voz en la sonante brisa, y me parece que en sus labios veo vagar con incitante devaneo su espontánea y feliz dulce sonrisa!

Aun me parece que en la verde alfombra de la hierba del campo se recuesta, dormitando de un árbol á la sombra en el calor de la apacible siesta;

y me parece que cruzar la miro de su talle gentil haciendo alarde, y que en su boca de carmín aspiro, con el fuego abrasante de un suspiro, aroma de las flores de la tarde.

Donde quiera que fuí me ha acompañado esa imagen bellísima y doliente; sonrió conmigo en el placer pasado y, hermana tierna en el dolor presente, me endulza el pan con lágrimas bañado que errante busco de mi patria ausente.

En alta mar la contemplé en el cielo en rojas nubes hacia el Sur sentada, sobre el nativo suelo remontándose al éter encantada entre los pliegues de su blanco velo.

Del septentrion entre la niebla oscura se levantó gallarda y misteriosa, y siempre, siempre, me siguió llorosa, y en su aflicción me pareció más pura, y en su pureza doblemente hermosa.

Desde el alto balcón de mi aposento mil naves ví de voladora quilla dar las velas al viento y dirigirse á mi natal orilla.

¡Oh! ¡cuánto entonces envidié la suerte del marinero audaz que se burlaba del océano y la muerte,

y á tus costas ¡oh, Cuba! se lanzaba, y desde el tope á su placer cantaba con la esperanza de volver á verte!

Entonces al ángel de mi amor postrero le dió refugio el pensamiento mío, y me inspiró un recuerdo lastimero viendo lucir al sol por un instante cual cinta de diamante,

tras el templo judío y en la torre de iglesia protestante la aguda flecha de templado acero.

¡Cuán idéntica está! ¡Cuán bien merece el artista feliz voto de gracias!

¡Cuán seductora y tierna me parece! ¡y cuánto ante mis ojos se embellece con la ausencia, el cariño y las desgracias!

En gratas horas de emoción ardiente el favonio del cielo esparció jugueteón sobre mi frente las finas sedas de su oscuro pelo;

y en más de un bello instante mi mirada ardorosa, tiñó con los colores de la rosa ese expresivo y pálido semblante.

A veces, ¡ay! en noches de desvelos, cuando la fiebre mi salud quebranta, en torno de mi lecho se levanta el lúgubre fantasma de los celos.

Pésame haberla amado, queda la vida de ilusión desnuda, y comienzo á soñar atormentado las penas del amante desdeñado.

Entre pesar y duda duermome al fin. Sonriendo el nuevo día con sus primeros rayos me despierta, siento en el alma incógnita alegría, y antes de saludar su luz incierta beso la imagen de la amada mía.

J. C. ZENEA.

HISTORIA DE MI VECINO (1)

L hombre ha creado la palabra *suerte* para encubrir con ella el resultado de su ignorancia, de sus debilidades y de sus pasiones.

Excepto algunos accidentes fortuitos, que están fuera del alcance de la previsión humana, la mayor parte de las desgracias que nos suceden provienen de nuestra falta de tino.

Ejemplo de esta verdad es un pobre hombre que vive cerca de mi casa, y cuya historia, aun cuando nada tiene que pueda hacerlos reír, me parece conveniente referiros. Ella prueba que el misero mortal, demasiado ciego para conocer lo mismo que le rodea, tiene, sin embargo, la preunción de penetrar en lo que está fuera de su dominio, y que, cuando tiene que escoger, se decide generalmente por lo peor ó por lo más distante. Si así no fuese, y el hombre se limitase á mirar y comprender sólo lo que está en la esfera de su inteligencia, ¡cuántos disgustos no se evitarían las familias, y cuántas catástrofes la sociedad!

Llámase mi vecino D. Pedro de Zúñiga, y es hijo único de un escribano de cámara, enriquecido por medios que no es esta la ocasión oportuna de enumerar. Hasta la edad de veinte años, mi héroe vivió recogido en su casa como una monja, resguardado por el cariño materno y vigilado de cerca por un padre tiránico, suspicaz y caviloso.

Abrumado su corazón por el peso de los abrasadores deseos que hacían germinar en él las apasionadas lecturas á que en secreto se entregaba, corrompióse en silencio y se gastó al borde de todos los placeres, sin disfrutar de ninguno, como una flor que se marchita por demasiado cuidada, y que se inclina marchita sobre su tallo, sin haber recibido las caricias del aura ni los fecundos rayos del sol. Por desgracia, las almas solitarias se pervierten con más facilidad aún que las que brillan en el mundo, y la depravación es tanto más honda, cuanto que no se debe al conocimiento exacto de la sociedad, sino á las exageraciones de los libros.

Pero ¡qué corazón, por gastado que se halle, no alimenta algún sentimiento generoso? ¡En qué desierto, por árido que sea, no nace alguna flor?

Mi vecino, á pesar del extraño escepticismo que habían desarrollado en él las novelas de la escuela francesa, llegó á enamorarse perdidamente en los primeros años de su juventud de una pobre y hermosa huérfana, de quien fué correspondido. Zúñiga no supo ó no quiso expli-

carse este cariño, cuya pérdida lamenta ahora, y se empeñó en confundir el violento amor que le arrastraba en pos de Margarita con un pasajero capricho, hasta con un sentimiento de vanidosa compasión.

—La infeliz me ama (se decía), y debo corresponderla, aunque sólo sea por piedad.

En la época del romanticismo, Zúñiga hubiera creído alimentar una pasión inextinguible; pero los tiempos habían cambiado. Ya las jóvenes no pedían al vinagre el color de los grandes tormentos morales, ni los hombres, encerrados en su melenudo sentimentalismo, arrastraban, como miseros mártires de la sociedad, su triste existencia por el mundo. Había pasado el tiempo de los *incomprendidos*, de las desventuras ocultas, de los pesares roedores, de las lágrimas, de los suicidios con *acqua tóffana*, de los amores contrariados, de las venganzas, de la desesperación y el desencanto. Ya ser *comprendido*, por la humanidad no era cosa vulgar y prosaica, ni ser feliz la mayor de las desdichas.

Había empezado á penetrar en el corazón de la sociedad el seco y analítico materialismo que hoy la corroe; la frialdad había reemplazado al entusiasmo, la muerte á la vida.

Porque en aquella época, que blasonaba de escéptica, es cuando más despoéticamente ha reinado en España la fe, que todo lo engrandece; entonces corrían los hombres al campo de batalla encendidos en un ardor patriótico, entonces las causas se defendían; hoy se venden.

Verdad es que el tiempo á que me refiero tenía sus manías ridículas; y ¿cuál no las tiene? Que no había mujer entonces que no tuviese un par de adoradores enterrados para consagrar un suspiro á su memoria en presencia de un nuevo galán, ni amante que no hubiese sido engañado nueve veces para lamentarse de su desventura delante de quien le engañaba la décima, ni corazón que no se sintiese lacerado, ni ojos sin lágrimas, ni ser amado vivo, ni poesía sin admiraciones ni puntos suspensivos...

Entonces se equivocaban los hombres por carta de más; ahora se equivocan por carta de menos. Entonces todo se achacaba al corazón; hoy se culpa todo á la cabeza. Entonces la sociedad creía sentir sólo; hoy cree que piensa sólo también. Exageración por exageración, prefiero la primera: una generación que quiere parecer vieja está muy cerca de serlo.

Zúñiga, herido por el ciego positivismo de su tiempo, desconocía sus propios sentimientos: el amor que le abrasaba el alma y la voz querida que le brindaba con la felicidad.

—Yo quiero oro—decía—el amor es una mentira que puede explotarse, es un camino como otro cualquiera para llegar á la riqueza. Margarita es pobre...

Y, sin embargo, no pudiendo resistir á la influencia que le dominaba, acudía diariamente á los pies de la pobre huérfana.

Mas, como nunca se participa de una dicha completa, el padre de mi vecino, que había formado sus planes para hacerle feliz—¡fatal empeño de todos los padres!—y que pretendía casarle con una rica heredera, llegó á enterarse de las peligrosas relaciones de su hijo.

Comprendiendo lo mucho que podían contrariar sus propósitos, decidió romperlas á toda costa; pero sus esfuerzos fueron inútiles: ni las amonestaciones, ni las amenazas, ni los mandatos, consiguieron apartar á D. Pedro de Zúñiga del lado de su amada; hasta que un día, fatigado su padre de tan terca obstinación, le despidió, más para amedrentarle que para otra cosa, del hogar doméstico.

Mi vecino se alejó de su casa murmurando: —Todo en el mundo es engaño; ¡hasta el amor paternal!

No tardó mucho, viéndose abandonado á sus propias fuerzas, en sentir las amarguras de la miseria; pero Zúñiga, que era hombre de tesón, no consintió por eso en doblegarse á las exigencias de su familia.

Vivió como pudo, y pudo bastante mal. jurando en el fondo de su alma no humillarse jamás á su padre, y

Antes morir que consentir tiranos.

Otro hombre, en su lugar, acaso se hubiera casado con Margarita, ya que por ella había sido despedido de los paternales; pero mi vecino no achacaba su resistencia al amor, sino al orgullo, y en todo pensó menos en lo que le importaba para su ventura. Lejos de esto, se propuso buscar por diferente lado otra *proporción matrimonial* tan buena como la que había desechado; pues quería granjearse una posición independiente y desahogada para no transigir en ningún tiempo con los caprichos de su familia. Con este objeto comenzó á hacer señas á la hija de un banquero, célebre en la corte por sus ruidosas prodigalidades. La muchacha, que era jorobada y tan fea como apacible, no desperdió la ocasión que se le presentaba, pues Zúñiga es lo que se llama todo un buen mozo, y admitió gustosamente sus interesados agasajos. ¡Ay! ¡hubo más! Como la pobre doncella no estaba acostumbrada á estas bromas, hizo de su primer amante una víctima, sacrificándole á fuerza de apasionadas atenciones y abrumadoras caricias. ¡Cuánto padeció el infeliz!

(1) Este precioso cuento le escribió el eminente poeta D. Gaspar Núñez de Arce en su juventud, y no ha sido coleccionado en ninguna de sus obras.—(N. de la R.)



COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA CIUDAD DE «LA PLATA» (19 DE NOVIEMBRE DE 1882)



VISTA DE UNA PARTE DE LA CIUDAD DE «LA PLATA» DIEZ Y SEIS MESES DESPUÉS DE COLOCADA LA PRIMERA PIEDRA (MARZO DE 1884)

Un día, el cajero de la casa, que, sin saber por qué, le había cobrado afición, y comprendía los mezquinos pensamientos que le atormentaban, llamóle aparte para manifestarle que *no era oro todo lo que relucía* y que su jefe se encontraba en una situación mercantil bastante crítica. Como las novelas escépticas habían enseñado al ambicioso joven a no confiar en la buena fe de nadie, sospechó que el cajero debía tener algún motivo oculto para hablarle así, y que pretendía engañarle.

—No podía también aspirar á la mano de la jorobada, y haber apelado á una estratagema para alejarle del campo, como á un rival peligroso? Mi vecino celebró entre sí su propia penetración; rióse del pobre hombre que había tan cándidamente querido sorprender su credulidad, y se juzgó con toda su alma un fisiólogo profundo, para quien el corazón había dejado de tener secretos.

—¿Conque tan apurado se encuentra?—preguntó al cajero con aire de sorna.

—Y tanto—respondió éste ingenuamente:— hoy por hoy vive de trampas....

—Basta, caballero—exclamó Zúñiga con un tono digno, grave y adecuado en un todo á las circunstancias.—Ni le he pedido á Ud. explicaciones, ni las aprecio. La oficiosidad de Ud. me incomoda.

El pobre cajero se quedó inmóvil y mudo como una estatua.

Por fin, los recursos de mi vecino se agotaron, y tuvo que pensar en su porvenir. Él era osado; así es que con la mayor desvergüenza se presentó en casa del banquero, manifestándole sin rodeos ni ambages que amaba á su hija, que era correspondido y que deseaba casarse, para mayor honra y gloria de Dios. El banquero, que, aunque bolsista, abrigaba un corazón cariñoso, dudó del amor de Zúñiga hacia la pobre jorobada. Imaginaba, y con razón, que el interés era la única pasión que movía al joven, y, para desengañarle, le confesó ingenuamente el mal estado á que habían llegado sus negocios.

El buen padre no quería labrar á sabiendas la desdicha de su hija.

Dios ciega á los que quiere perder. Mi vecino creyó también esta vez que le engañaban. Un hombre que ha leído á Sué y á Dumas no se deja sorprender tan fácilmente, y dijo para sí:

—¡Ah tunante! ¡á otro perro con ese hueso! Has conocido que tu torcido vástago es demasiado feo para inspirar pasión alguna, y quieres penetrar mi intento valiéndote de un recurso de novela.... Estos hombres de cálculo no tienen ninguno....

Después de haber hecho en un momento estas reflexiones, murmuró con trémulo y entrecortado acento:

—¡Ay, D. Juan, qué mal me juzga Ud.! ¡Yo no busco en esta ocasión oro; busco el tesoro de abnegación y virtud que guarda Ud. en su casa!....

El banquero reflexionó. Conocía á la familia de Zúñiga, y sabía que era rica; así es que creyó un partido ventajoso para su hija la propuesta unión. Disipáronse sus escrúpulos, y, exclamó con voz conmovida, estrechando al joven entre sus brazos:

—Le creo á Ud., amigo mío, y confío á Ud. ese ángel para que le haga feliz....

—Jamás hubiera creído que llegase á ceder tan pronto—dijo para sus adentros mi vecino.—Pero, por lo visto, Dios protege á los pobres....

Aquella misma noche se despidió para siempre, con lágrimas en los ojos y el corazón traspasado de pena, de la enamorada Margarita.

¡Aun no había querido comprender el afecto que le dominaba!

A los seis días se efectuó su matrimonio.

Al mes pudo apreciar toda la malhadada franqueza de su suegro, que se declaró en quiebra. Al medio año supo que Margarita había heredado treinta mil duros de renta de un tío suyo, que sólo en la hora de la muerte, ¡oh colmo de la felicidad!, se acordó de que tenía una sobrina en el mundo.

Antes del año tuvo, en fin, que implorar el perdón de la familia para no morir de hambre, y vióse reducido al extremo de tener que aceptar una plaza de escribiente, que su padre, con el sólo objeto de humillarle, le proporcionó en su misma escribanía.

Entonces se apoderó de mi vecino una rabia ciega, profunda, implacable, cuyos efectos hacia recaer diariamente sobre su desventurada esposa. Esta sufrió por algún tiempo resignada el maltrato de su marido; pero fué tan repetido e inhumano, que al cabo la hizo perder la paciencia; y, de una santa que era, llegó á convertirse en una furia del infierno, tan enredadora como chismosa, tan chismosa como insolente. Así es que, cuando los dolores de mi vecino parecían próximos á calmarse, su mujer, á quien ha hecho completamente variar de genio, se ha encargado de crearle nuevos tormentos, de martirizarle con sus gritos, con sus quejas y con su figura.

Hoy mi vecino no disfruta una hora de santa paz y concordia.

¿Quién no conoce en el mundo á algunos seres parecidos á D. Pedro Zúñiga?

¿Quién también puede decir que alguna vez no ha dejado escapar la ventura de entre las manos? Cuando, merced á nuestra torpeza, nos sucede algún percance, damos detrás de la suerte, ó del sino, ó de la Providencia, para achacarles

nuestros errores, y, bien examinado, puede decirse que, la mayor parte de las veces, ni el mendigo, ni el mal casado, ni el mercader que se arruina, ni la mujer que se pierde, ni el joven que se desilusiona, ni el corazón que sufre, tienen derecho para quejarse de su desventura. El hombre, para no tener constantemente que estar riñendo consigo mismo, ha inventado la fatalidad.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

CONTRADICCIONES

Mientras te llaman Dolores,
los galanes vierten flores
á tus pies...
mas mi edad es la experiencia...
¡y la tuya la inocencia
sólo es!

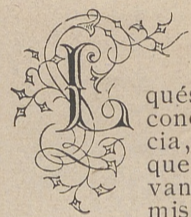
Las edades y el destino
nos van marcando el camino
del amor...
¿Dónde está el bien de la vida,
si la esperanza cumplida
da dolor?

Navega amor en bonanza,
y le grita la esperanza:
—«Ven acá...»
¡Llegar al puerto es su daño!..
que allí dice el desengaño:
—«¡Quita allá!»

ANTONIO ROS DE OLANO.

CENTENARIO DE COLÓN

LAS CONFERENCIAS DEL ATENEO



A conferencia que dió en el Ateneo no há muchos días el Sr. Marqués de Cerralbo, ha sido en todos conceptos digna de la alta inteligencia, vasto saber y copiosa erudición que dicho señor posee, y cuyas relevantes cualidades le reconocen sus mismos adversarios políticos.

Comenzó el ilustre prócer la lectura de su discurso invocando modestamente la indulgencia de su auditorio, por considerarse con escasas fuerzas para emprender y llevar á feliz término la ardua tarea que la galantería del presidente del Ateneo le ha impuesto al invitarle á dar la presente conferencia en tan ilustrado centro que ha visto ocupando aquella misma cátedra hombres de gran mérito de todos los partidos y procedencias; porque en el Ateneo no hay política, no hay partidos, no hay más que ciencia, no hay más que españoles, y si algún extranjero se halla entre nosotros, todos le tendemos la mano, y no le recibimos en nuestros brazos porque los tenemos ocupados en cogernos unos á otros para unirnos en estrecho abrazo. (Aplausos.)

Describió el estado de ignorancia y barbarie en que se hallaba América en la época de su descubrimiento y conquista por Colón y Hernán Cortés, esas dos grandes figuras de la historia, que parecen simbolizar las dos columnas que forman el escudo de nuestra nación; las leyes y las costumbres de aquellos pueblos, sumidos en la abyección más espantosa por la codicia de sus gobernantes, que los esquilaban con los más escandalosos tributos, ejerciendo respecto de ellos la más odiosa tiranía; la terrible práctica de sacrificar á sus divinidades millares de seres humanos, cuya cifra en algunos años es enorme, y sin que dejaran de sacrificarse por lo menos en cada uno 20.000 desgraciados; la forma de estos sacrificios, realizados por los Sacerdotes que llevaban sobre sus hombros las víctimas y las colocaban sobre una piedra convexa para que el pecho resultara forzosamente destacado, y de este modo hendir el hacha para con sus propias manos arrancarles el corazón, dando después un puntapié al cuerpo, que caía rodando por la escalinata, al pie de la cual la multitud lo despedazaba y se repartía sus restos; deduciendo de todo, que la acción de España fué altamente beneficiosa para aquel continente.

Entró en la descripción de los procedimientos empleados y leyes dictadas por los virreyes para el gobierno de aquel país, haciendo una relación circunstanciada de los hechos principales, y citando las fechas en que los virreyes fueron creando los pueblos, organismos é instituciones que se han traducido en monumentos de cultura, caridad y verdadera civilización; los nombres de los principales virreyes que han realizado esos importantes actos, y circunstancias en que lo han hecho; las leyes impuestas, forma y práctica de llevar á cabo todas y cada una de las medidas y disposiciones dictadas, encaminadas todas al bienestar, progreso y felicidad de aquellos países, demostrando con la enumeración detallada de los principales hechos é instituciones y leyes, que los habitantes de aquellos pueblos han pa-

sado del estado de barbarie al de civilización y progreso, y que todo ello es debido á la España religiosa.

Afirmó que no puede desvirtuar la importancia de esta obra el que haya habido algunos españoles que con su reprobable y reprobada conducta hayan realizado actos censurables, como no quita importancia ni mérito á las pirámides de Egipto el que en el hueco de una de sus piedras se esconda un criminal que aceche al pasajero para acometerle, robarle y matarle, ó una fiera que le devore, ó una sierpe venenosa que le aniquile y destroce.

Citó, para concluir, algunas disposiciones del sabio Código de Indias, que demuestran el paternal cuidado con que la Metrópoli velaba por los hijos de América; y entre otras, la prohibición de que á los virreyes se les recibiese á su llegada con manifestaciones que pudieran producir gastos, si bien autorizaba que como premio y recompensa á sus servicios, se les pudieran hacer las que tuvieran por conveniente, cuando cesasen en sus cargos; la prohibición á éstos de adquirir y poseer bienes en los territorios de su mando; la de que no pudieran casar á sus hijos con los del país; la de que no pudieran llevar consigo más que su mujer y sus hijos, no á sus yernos (*grandes risas*); y la de que no pudieran dar empleos á sus amigos; recordó la disposición dictada por Felipe II en 1512, igual á la pretensión que forma la base de las fiestas de 1.º de Mayo: en ella se dispone que nadie trabaje más que cuatro horas por la mañana y cuatro por la tarde, y que los sábados sólo se trabaje siete horas, para que la hora que puede invertirse en pasar lista y pagar venga á completar las ocho á que puede sujetarse el hombre.

Terminó con una entusiasta protesta de patriotismo, y con la afirmación de que si hoy no ondea en el suelo de nuestros hermanos de Méjico la bandera de Castilla, se sostiene en cambio en toda América la cruz del Cristianismo, que es nuestra verdadera bandera nacional. (*Grandes y atronadores aplausos.*)

**

El diputado á Cortes Sr. Marqués de Lema, ha disertado á su vez sobre *La Iglesia en la América española*.

Con gran claridad expuso cómo dió la Iglesia en el Nuevo Mundo sus primeros pasos, y luego puso de relieve la gran concordia con que marcharon durante los primeros tiempos de la conquista el poder eclesiástico y el civil, trazando á renglón seguido un cuadro acabado de la amplitud del Patronato Real sobre las Indias, poder que el Estado utilizó en general para proteger á la Iglesia, especialmente durante los reinados de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II.

Detúvose después en el examen de la empresa civilizadora del catolicismo en Nueva España, en donde las Ordenes religiosas, muy principalmente la franciscana, aparte las maravillas que realizaron en punto á la propaganda educadora y cristiana, prestaron servicios importantísimos en el orden civil.

El orador fué muy aplaudido y felicitado.

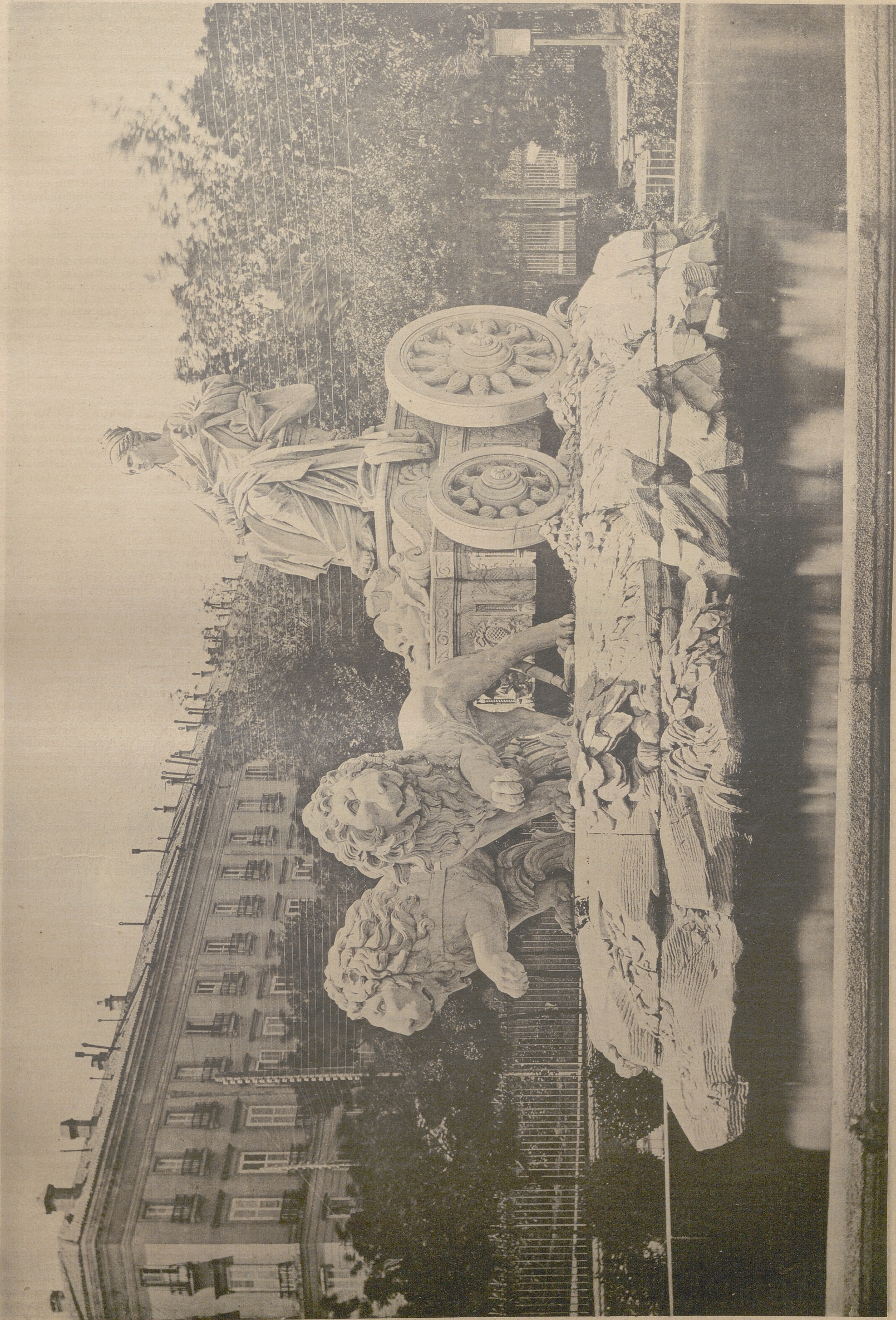
**

Las dos conferencias del ilustre y venerable Rector de la Universidad de Madrid, D. Miguel Colmeiro, sobre la flora americana, han sido, por la importancia del trabajo, dos verdaderos acontecimientos científicos.

Según el sabio profesor, el Nuevo Continente no era exclusivamente una adición geográfica al antiguo; era también un inmenso y original campo de observaciones, ofrecido al espíritu de las razas conquistadoras que, si bien al principio se dejaron llevar en sus incompletas observaciones de pretendidas analogías y semejanzas, casi siempre ilusorias, al comparar los tipos de la vegetación americana con la aún imperfectamente conocida de la misma Europa, prestaron, eso no obstante, innegables servicios al progreso de la ciencia, estimulando para más adelante el interés de los Gobiernos y el afán de saber de los estudiosos con las entusiastas descripciones de aquella vegetación tan rica, singular y espléndida, semejante en sus rasgos generales y en la variedad de sus producciones, de lo conocido en Asia, Africa y Europa.

Así, no debemos desdeñar por lo humildes las observaciones de Colón, que en su segundo viaje transportó desde España gran número de semillas, destinadas á aclimatarse en el Nuevo Mundo, al cual llevó también, para que estudiara con más atención y competencia de lo que él y sus compañeros podían hacerlo, al doctor Alvarez Chanca, primer coleccionador de tendencia algo científica que inauguró la serie de tan fecundos estudios, tan gloriosamente continuados por otros celebrados médicos y naturalistas posteriores.

Fernández de Oviedo, Gomara, Las Casas, Acosta, Herrera, Vicente Yañez Pinzón, Ojeda, Díaz del Castillo, sin contar multitud de personas curiosas, magistrados, clérigos, frailes, soldados, contribuyeron á recoger datos, á describir, si bien rudamente en muchos casos, hierbas,



FOTOG. DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.^ª

MADRID: LA FUENTE DE LA CIBELES, A LA ENTRADA DEL PASEO DE RECOLETOS

arbustos, frutos, árboles, flores, hortalizas, producciones de todas clases observadas en los peligrados viajes y exploraciones emprendidos á través del golfo de Méjico y de las tierras del Continente, por conquistadores, pobladores y misioneros.

No encontraron las especies preciosas que buscaban, y de ello se quejaban en sus cartas los primeros descubridores; pero á medida que se fueron explorando las islas, confundidas al principio con las de Catay y Cipango, á medida que se iban convenciendo de que yendo en busca de una parte del mundo antiguo había salido á su encuentro otro enteramente nuevo, fueron fijando la atención sobre aquella flora maravillosa, tratando de estudiarla, para sacar utilidad de sus productos.

¿Cómo enumerar todos los citados por el ilustre profesor? Baste decir, para comprender la importancia de su trabajo, que de las doscientas especies conocidas por el insigne historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, ha clasificado casi todas ellas.

La agronomía de los indios no era tan atrasada como algunos piensan. Cultivaban algunas plantas: el algodón vegetal, el casabe, la yuca en algunas de sus variedades, el boniato ó batata, el llamado *ajes* (distinto del *aji*, pimiento), el tabaco, cuyo nombre fué dado por los españoles á la planta, cuando los indígenas le daban á la forma en que lo empleaban, esto es, el cigarro puro, ó al aparato con que en ocasiones le usaban, el maíz ó panizo, la piña, de cuya primera remesa venida á Europa, solo un ejemplar pudo conservarse en buen estado á causa de lo largo del transporte, y figuró en la mesa de Fernando el Católico, fruto también estimado más tarde por el Emperador Carlos V.

Después de enumerar muchas otras narcóticas, medicinales, tintóreas, de aplicación industrial, entre las cuales citó el palo *brasil*, conocido desde la Edad Media, nombre dado á la gran región sudamericana á causa de la abundancia de esta madera, el Sr. Colmeiro indicó curiosísimas noticias sobre la patata ó turma, introducida por los españoles en Europa antes que por ingleses y franceses.

El eminente profesor estudió breve, pero sustanciosamente, la notable expedición de Ulloa y Jorge Juan en 1748, que si bien tuvo por objeto principal hacer observaciones astronómicas y geodésicas, no dejó de ofrecer vivo interés bajo el aspecto botánico, por los trabajos del francés. La Condamine, cuyo nombre llevan todavía algunas de las especies en aquel famoso viaje recordadas. Consagró también algunas palabras á la expedición del sueco Loeftin, discípulo predilecto de Linneo, que se excusó personalmente de hacer el viaje á que por el Gobierno de Fernando VI había sido invitado, viaje que duró desde 1751 á 1756, en que murió el joven profesor.

Más importante todavía fué el del ilustre botánico Mutis, educado en el Jardín Botánico de Madrid, situado por aquella época en el popular soto de Migas Calientes, á orillas del Manzanares, próximo á la Puerta de Hierro. Mutis hizo en América un trabajo colosal, digno de fama imperecedera entre los hombres de ciencia. No sólo recogió y clasificó tres mil especies nuevas, sino que además las dibujó por duplicado con ayuda de Rizzo y veinte dibujantes indígenas por éste educados, unas en color, otras en tinta, conservadas en el Jardín Botánico como una verdadera maravilla.

La expedición de Ruiz y Pavón, emprendida en 1778 por las regiones del Perú y Chile, duró diez años, esto es, hasta 1788. El Sr. Colmeiro ha conocido personalmente en su juventud al segundo de estos expedicionarios, y refirió curiosísimas anécdotas acerca de las vicisitudes sufridas por los trabajos de ambos naturalistas, perdidos en mucha parte por la indole desgraciada de los tiempos en que vivieron, si es que en España puede señalarse alguno venturoso para sabios y científicos.

Otro tanto puede decirse de la expedición siguiente de Cervantes, Sessé y Muciño, en especial este último, quien, tachado de afrancesado, tuvo necesidad de emigrar al extranjero, donde conoció al sabio Decandolle, que disfrutó algún tiempo de sus dibujos, más tarde devueltos á su autor por el ilustre botánico, que de los mismos conservó copia, utilizada en sus obras, con provecho de la ciencia.

El conferenciante hizo después algunas curiosas referencias á la expedición del marino Malaspina, rival un día pretencioso de Godoy en los favores de una reina, y terminó su trabajo con una rápida enumeración de las plantas que el Nuevo Mundo debe á España, y recíprocamente, entre las cuales citó la patata, originaria de Chile, muy cultivada en el Perú á la llegada de los españoles, y traída por nuestros compatriotas en el mismo siglo, de que dan fe historiadores nacionales y extranjeros tan autorizados como Gomara, Pedro de Cieza, Zárate y el flamenco Clusio.

El eminente profesor Sr. Colmeiro fué escuchado por la docta concurrencia del Ateneo con gran deleite, habiéndole aplaudido con entusiasmo durante su notable discurso, así como le felicitó calurosamente al salir de la sala de sesiones.

El Sr. Colmeiro, por su saber, erudición y elocuencia, es de aquellos hijos de la ciencia que honran con sus trabajos la patria á que pertenecen.

MALATESTA.

RIMA

Quando yo comprendí que te quería
con toda la lealtad del corazón,
fué aquella noche en que al abrirme tu alma
miré hasta su interior.

Rotas estaban tus virgíneas alas
que ocultaba en sus pliegues un crespón,
y un ángel enlutado cerca de ellas
lloraba como yo.

Otro tal vez te hubiera aborrecido
delante de aquel cuadro aterrador;
pero yo no miré en aquel instante
más que mi corazón;
y te quise tal vez por tus tinieblas,
y te adoré tal vez por tu dolor,
que es muy bello poder decir que el alma
ha servido de sol.

MANUEL ACUÑA.

VIEQUES, ¿ES FILIPINAS?



o, no es Filipinas, aunque lo haya dicho, que si lo dijo, *El Día*.

En cambio, Vieques es ya una importante población puertorriqueña. La subida es pintoresca. Hay que pasar un puente, el cual no está por cierto en muy buen estado...

Yo estaba asombrado: calles espaciosas y limpias, algunas plazas, mucho arbolado, casas bonitas y lujosas;—es una población que tiene cierto cariz extranjero.—Pasé el puente entre dos apretadas filas de muchachas de color de canela: muy agraciadas muchachas. Aquello no es conocido. No hace aún muchos años que la sociedad de Vieques era una tribu primitiva; un vapor resultaba un acontecimiento en el puerto; y el gobernador se entretenía en matar pájaros á pedradas...

Hoy es mucha la poesía de aquel pueblo. Figúrense Uds. unos centenares de casas multicolores en hermosa llanura bordada con el color pajizo de las cañas de azúcar; una iglesia cuya cúpula está nevada... al parecer; un paisaje brumoso; una perspectiva del mar; y balanceándose al moverse las muchachas de Vieques. ¡Ricas muchachas, cuáles rubias y soñadoras, cuáles otras morenas y picarescas! ¿Son flamencas las madreñas? Pues también lo son las chicas de Vieques; lo tienen en la masa de la sangre, y aquella sangre es torera *porque sí*...

Tuve el honor de almorzar al arrullo de una danza que se titulaba *No me toques*, y en medio de una encantadora confusión de rubias y morenas. Encima ramajes de mangó; abajo la tierra húmeda y caliente; sobre el musgo del campo la mesa rústica, y á uno y otro lado un collar de perlas desgranándose en el blanco mantel. Sobre la copa de un árbol un pájaro cantaba: *¡Bien te veo!*

Con verdadero sentimiento me despedí de la culta población de Vieques, cuyos hogares encierran un buen gusto artístico que no esperaba ver en tales latitudes. Volví á pasar el desvencijado puente entre robustas muchachas de color de canela. El mar estaba revuelto; un airazo fresco convidaba á dormir sobre la cubierta del buque, y allí se me cerraron los ojos mientras mi corazón hacia propósito firme de escribir en acción de gracias este artículo, que se me había quedado en el tintero...

LUIS BONAFoux.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

¡Al agua!—Cuando el mercurio del termómetro sube de pronto hasta tocar muy cerca de los cuarenta grados; cuando, como en estos días ocurre, el aire asfixia, el sol achicharra, los poros humanos se dilatan y se suda á chorros, un mismo ideal surge en todas las mentes y un grito semejante exhalan todos los labios.

¡Al agua!

¡Al agua! Cada cual dónde y como puede: el mozo de cuerda refresca las abrasadas sienes en el chorro de una fuente pública; el empleado de corto sueldo en la microscópica palangana de una casa de huéspedes; otros acuden á las casas de baños; hay quien se arroja á un estanque para llevar al otro mundo la agradable impresión del agua fresca, y la gente *comm'il faut* prepara ya sus equipajes con la halagadora idea de trasladarse á los puertos del Norte y sumergirse en las olas del Atlántico.

¡Al agua! es el grito universal en esta ardiente estación del año. Sólo ese pequeñuelo que el cincel de Benlliure ha esculpido tan magistralmente, se resiste y patea, llora y rabia, grita y se retuerce convulso por no querer bañarse; sus infantiles nervios no pueden soportar la impresión del agua, y cuando al fin su hermana le zambulle en aquella, espárcela con pies y manos en torno suyo tragando una gran cantidad del transparente líquido á cada aspiración que hace.

¿Por qué los chicos tendrán tanto horror al agua?

La fuente de la Cibeles.—Ese es el cuerpo del delito, la causa de tanto alboroto, y la ocasión de tantos líos como de un mes á esta parte se trae y lleva la prensa diaria de Madrid. Hagamos historia.

Sobre unas rocas perfectamente dispuestas, levántase (¡ojo á la fototipia!) un elegante carro tirado por dos soberbios leones, y en el carro se halla sentada la diosa Cibeles; esbeltos surtidores que salen de las fauces de un mascarón, lanzan el agua, formando una línea curva, á gran distancia.

Dos eminentes artistas construyeron esta preciosa fuente monumental: D. Roberto Michel, de nacionalidad francesa, y D. Francisco Gutiérrez, ambos escultores de Cámara; son obra del primero los leones y parte del carro; lo restante y la estatua de la diosa, se debe al segundo.

La fuente es de mármol cárdeno de Montes Claros, y forma pareja con su vecina y hermana la no menos celebrísima fuente del dios Neptuno.

Ahora bien: ¿qué opinan ustedes del pleito en autos? es decir, ¿qué les parece la gran plaza que se está construyendo entre el salón del Prado y los jardinillos de Recoletos? ¿creen ustedes que la diosa debe fustigar á sus corceles, avanzar hasta el centro de la proyectada plaza, y en pedestal adecuado lanzar á los vientos la líquida y espumosa linfa? ¿ó será mejor que se quede donde está, arrinconada y muerta como quien tiene alma de cal y canto?

Para nosotros, la solución de este intrincado y pavo...oso problema, es más claro que el agua de la misma Cibeles, pese á los respetables próceres de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

A gran monumento, gran plaza; esto, además de ser lógico y razonable, lo reclama también el embellecimiento de la villa y corte. Hora es ya de que salgamos de la rutina y concibamos y realicemos algo atrevido y majestuoso; no pongamos esculturas y monumentos á la altura de nuestras manos; cuando se libre el mármol ó se trabaje el bronce, sea para crear algo que se eleve sobre nosotros.

Ahí tienen ustedes á D. Alvaro de Bazán; parece que está haciendo tiempo en la plaza de la Villa para que salgan los Concejales y pedirles un empleillo en consumos; pues ¿Espantero? parece que se va á dar un paseo á caballo por el Retiro, según se halla al nivel de cualquier otro jinete; y lo mismo podríamos decir de las demás estatuas que adornan los paseos y plazas de la corte.

¡Por Dios, caballeros! Si hemos de rendir un tributo de admiración y gratitud á héroes y dioses, no les coloquemos á nuestra altura; ó dejarles dormir en paz, ó elevémosles cien codos por encima de nuestras cabezas.

He dicho

La ciudad de La Plata.—América es el país de las maravillas; como Napoleón el Grande, parece haber borrado del idioma la palabra imposible; los prodigios que realiza sólo son comparables con los que idea y describe la oriental imaginación de *Las mil y una noches*.

En estos fantásticos cuentos se refiere más de una vez cómo los genios infernales levantaron de la noche á la mañana preciosos y vastos palacios rodeados de encantadores jardines. Pues bien; esto, que parece increíble á los entendimientos positivistas de Europa, es cosa frecuente y vulgar al otro lado del Atlántico; ejemplo, la ciudad de La Plata, en la República Argentina.

En el año 1882, el perímetro que hoy ocupa la ciudad era campo inculto y virgen, donde los árboles, los arbustos y toda suerte de plantas crecían y se desarrollaban á su autojo.

Aquellos terrenos, por su posición topográfica, sus condiciones climatológicas y otra porción de circunstancias, fueron elegidos para construir una ciudad que, por la región en que estaban enclavados y su vecindad con el hermoso río *La Plata*, se la designó de antemano con este nombre.

Dicho y hecho: á los pocos meses, en Noviembre del mismo año de 1882, el doctor Rocha, como encarnación de la más alta investidura del Estado, colocaba la primera piedra de la proyectada ciudad, rodeado de las comisiones oficiales, del ejército de la República y de numerosa concurrencia, que presenció acto tan solemne y civilizador.

¿Qué ocurrió después? ¿Acaso la población ideada quedó en proyecto, como suele acontecer en nuestro país con todas las reformas provechosas y útiles?

Nada de eso; y para dar á nuestros favorecedores una prueba clara y tangible de lo que es y puede el genio y carácter del pueblo americano, insertamos en estas páginas, frente al grabado que representa al doctor Rocha colocando la primera piedra de *La Plata*, otro grabado en que se da á conocer lo que era ya esta ciudad en el mes de Marzo de 1884, es decir, ¡á los diez y seis meses de haberse comenzado á construir!

Donde antes había vistosos pabellones de tablas, forrados de frágiles lienzos y adornados de gallardetes, banderas y flores, elevábase ahora sólidos y macizos edificios de piedra y hierro formando hermosas y espaciadas calles y plazas tiradas á cordel.

¡Y todo esto en dieciséis meses!

¿No es verdad que es envidiable esta actividad?

¿Si en España tuviéramos una poquita siquiera!

El estío.—Una alegoría de las estaciones es cosa fácil y sencilla para quien se deje guiar por los patrones obligados en tales asuntos; pero, interpretarlas con sobriedad en los detalles y severidad en el conjunto, es empresa ardua en extremo, que sólo artistas como el Sr. Sans logran realizar con feliz éxito.

La figura de una mujer llena de vida, palpitante de salud, hermosa y sonriente, en cuyos ojos arde el fuego de la pasión y cuyos contornos revisten las agraciadas formas de una exuberante naturaleza, son cualidades por sí solas suficientes para personificar en ella la temperatura de los trópicos.

Las doradas espigas y las encendidas amapolas determinan más exactamente el pensamiento del pintor y completan este precioso cuadro del Sr. Sans, cuyo original, con otras tres figuras del mismo género, decoran uno de los espaciosos y elegantes salones del palacio que la Sra. Duquesa de Santofia posee en Madrid.

IMPRESOS RECIBIDOS EN ESTA REDACCIÓN

LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL, novela original de Gustavo Flaubert, versión española por H. Giner de los Ríos.—De esta obra notable ha dicho Emilio Zola: «El novelista pinta toda una generación, y abarca un período histórico de doce años, de 1840 á 1852. Toma por marco la agonía lenta é intranquila de la Monarquía de Julio, la existencia febril de la República de 1848, cortada por las descargas de fusilería de Febrero, Junio y Diciembre. En esta decoración coloca el autor personajes reales de aquel tiempo, toda una muchedumbre de yentes y vinientes que viven la vida de la época. La obra de Flaubert es la única novela verdaderamente histórica de que tengo conocimiento; la única verídica, exacta, completa, en la que la resurrección de las horas ya idas, se verifica sin dejar huella de los recursos del oficio».—Dos tomos, 5 pesetas.

ADVERTENCIAS

Habiéndose agotado los ejemplares de los primeros números de esta Revista, y siendo muchos los pedidos de colecciones que hasta el presente se nos han hecho, la empresa de esta publicación ha decidido hacer una nueva tirada de los números agotados, para poder servir las suscripciones que por esta causa se encuentran paralizadas.—Suplicamos á los señores Corresponsales tengan la bondad de hacerlo saber así á sus favorecedores, y tan pronto como dichos números estén reimpresos, lo pondremos en su conocimiento para que puedan atender y dar cumplimiento á los pedidos que se les hacen.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

Los suscriptores que deseen recibir el periódico dentro de un cilindro de cartón, para que no sufran menoscabo alguno las hermosas fototipias que damos, abonarán un suplemento de 1,50 pesetas por trimestre.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc.—A media y una peseta la caja.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo.—A una peseta caja.

TÓNICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad.—Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

OBRA DE SENSACION

ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARÍA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los fundamentos de la escuela contemporánea; la segunda estudia la cuestión social, y la tercera se relaciona con el obrero de nuestros tiempos.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.



El dueño de este nuevo Establecimiento, en vista de que cada día se ve más favorecido por su distinguida clientela, tiene el gusto de recomendar á la misma los célebres polvos **Overtuner de John Black**, de New-York. Precio de las cajas, 10 y 15 pesetas.

ÚNICO DEPÓSITO PARA ESPAÑA
ALCALÁ, 45, MADRID
Se remiten pedidos á provincias.

FLORES, PLANTAS Y CORONAS

EN GRANDE ESCALA

G. KUHN, CRUZ, 42

Exposición en SEIS SALONES, muy digna de ser visitada como única en España.

Grupos para sombreros á precios de almacén, de 1, 2, 3 y 4 pesetas.—Armaduras, á peseta.

En publicación.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada **PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO**

POR F. MORALES SÁNCHEZ

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados juris-consultos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

HISTORIA DE LA HUMANIDAD (Estudios de F. Laurent)

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO, DON ANGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veillot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candelas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frias.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de Antiguos oficiales de Prats, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero. Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro.—Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

MUSEO DE ARTES



F. Sais lo pintó.

EL ESTÍO

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.^ª

Pintura decorativa del Palacio del Duque de Santoña en Madrid.